



VISIÓN DE HUSSERL EN EL ANÁHUAC

SERGIO ESPINOSA PROA

Doctorado en Historia de las Ideas/UAZ

Antonio Ziri3n Quijano, *Historia de la fenomenologfa en M6xico*, Red Utopfa, Jitanj6fora, Morelia, 2003, 476 pp.

Hace algunos a3os, un comit6 institucional de evaluaci3n realiz3 una inspecci3n, bastante superficial, aunque igualmente rfgida, y de funestas consecuencias, de cierto programa de posgrado. El programa llevaba m6s de nueve a3os operando y su planteamiento b6sico era –y de alg3n modo sigue si6ndolo– proporcionar determinadas herramientas filos3ficas, est6ticas y cientficas para comprender o al menos disponerse a comprender algunas lfnas esenciales de la constituci3n de la 6poca moderna. El comit6

de evaluaci3n encontr3 varias deficiencias en el planeamiento y en el desarrollo, de las que recuerdo ahora tres de ellas, bajo la forma de ausencias: primero, no aparecerfa Marx ni el marxismo como eje formativo del programa; segundo, no se daba importancia alguna a los estudios de g6nero; y tercero, no se hallaba en el plan de estudios ninguna referencia a la filosoffa mexicana o latinoamericana.

No result3 nada f6cil responder a semejantes objeciones. En principio, era como si se le criticara a una taquerfa por no ofrecer pollos Kentucky. O a una librerfa no vender velos de novia, o viceversa. Pero de todas formas persistfa entre el equipo de profesores de aquel programa cierta desazi3n.

¿Se nos había olvidado Marx? En cualquier caso, antes de resolver que se trataba de un esquema periclitado, había en el entorno académico inmediato quizá demasiados programas en los que el filósofo alemán no sólo era estudiado, sino religiosamente venerado. ¿El feminismo tendría que ver con las grandes líneas de fuerza del pensamiento moderno y contemporáneo? Lo innegable es que se conocían obras y profundas reflexiones hechas por mujeres, como María Zambrano, Julia Kristeva, Simone Weil, Hanna Arendt, por el lado de la filosofía, o Jane Austen, Virginia Wolf, Emily Dickinson, por el lado de la literatura, sólo por mencionar apresuradamente a algunas de las más conspicuas. Pero estas obras, ¿son propiamente feministas? No es nada seguro, y no obligaba a incluir esa literatura postmachista o archimachista que a veces son los famosos "estudios de género".

Por último, la cuestión de la "filosofía mexicana o latinoamericana" generó aún más desazón. ¿Ha existido una filosofía singularmente "mexicana"? Esta pregunta es, si no impertinente, verdaderamente incómoda. Que, como mera evidencia, haya habido filósofos *en México*, y que, trabajando en este país, o haciendo de lo

"mexicano" alguno de sus temas, ¿autoriza a hablar de una filosofía nacional, de una filosofía *mexicana*? Hay muchísimas posibilidades de hacer el ridículo si se responde por la vía afirmativa, pero negarlo tajantemente tampoco parece del todo satisfactorio. En un extremo, sería como asegurar que también puede existir una filosofía tamaulipeca o guadalupana o "subjética", y, en el otro extremo, que la filosofía es una y la misma pregunta perenne que se han hecho todos los hombres —uno y el mismo— desde el paleolítico hasta la posmodernidad.

Quizá sería mejor trazar una línea de fuga o una línea fronteriza y proponer que en todo Estado Nacional o en cada época o "corte epocal" existe, aun de modo difuso y fragmentario, una singular *distorsión* de la tradición filosófica, una *recepción escorzada* de un discurso que si algo pudiese caracterizar sería justamente su posición de ruptura o disolución de los límites impuestos por las exigencias de una "identidad nacional" o de una "conciencia epocal".

Habría, de aceptar este expediente, que sin resolver esquivar un poco de la incomodidad, una filosofía *teñida* por determinadas tinturas particulares, por un cierto

color o sabor *local*. En el espacio, en el tiempo. Es casi excesivo, aunque habitual, hablar de una "filosofía francesa", o de una "filosofía inglesa", por más que al enunciarlo así sabríamos, por la fuerza de sus respectivas tradiciones, a qué atenernos. No ocurre lo mismo si, por el contrario, pensamos en una literatura rusa o vietnamita o portuguesa o, para el caso, "mexicana". En la literatura es legítimo y aun esperable reconocer esos colores o sabores; en la filosofía suele prevalecer por regla general una aspiración más neutra, más según se dice desterritorializada.

A decir verdad, a la filosofía nunca le viene ni le han venido muy bien los gentilicios ni los patronímicos. Hay cierta reluctancia incluso en la adjetivación, en esto es similar a las ciencias. Si no se rige por un criterio de universalidad, de validez general, ¿podrían seguir llamándose como se llama? ¿Es la teoría de la relatividad una concreción del espíritu teutónico? ¿Es el *ego cogito* un invento del *esprit de sagesse* de los franceses? No nos precipitemos, no aquí, en las respuestas.

En vez de zanjar esta cuestión, acaso inzanjable, lo que sí se puede explorar, y es precisamente lo que encontraremos en un libro

como el de Antonio Zirión, es el modo o los modos en que esta tradición, en determinado país, en determinada época, ha sido recibida, entendida o malentendida, deformada o reformada, olvidada o puesta a trabajar, enriquecida o disminuida. Es el caso de esa demandante exigencia filosófica que conocemos con el término 'fenomenología'.

La pregunta que a la larga emerge es si existe o ha existido una fenomenología *a la mexicana*, sea esto lo que sea. Por ejemplo, después de reseñar los momentos más importantes de esta historia, salpicada de fidelidades malsanas y de tradiciones saludables, Antonio Zirión enumera los rasgos básicos de lo que ha sido la recepción, en México, de esta amplia y no poco abigarrada corriente filosófica.

En primer lugar, se ha tendido a reducir al taller de un método, descuidando la pretensión más general de ser una –o *la*– filosofía cuando se siente capaz de alcanzar el rango de ciencia.

En segundo lugar, se ha tendido igualmente a circunscribir este método a uno de sus componentes, a saber, la reducción eidética, descuidando aspectos tan importantes como la intencionalidad y la reducción trascendental,

esta demarcación ha permitido, entre otras cosas, que la fenomenología pueda "aplicarse" como desde fuera a todo un conjunto previamente dado de objetos o problemas.

En tercer lugar, y derivado de lo anterior, la fenomenología en México se ha pensado –y practicado– de manera general como una variante del platonismo, sin detenerse a reflexionar lo que sobre la complejidad de esta dependencia ha sugerido el propio Husserl.

En cuarto lugar, pero esto de seguro pasa en cualquier parte del mundo, y prácticamente con cualquier filosofía, se ha hecho de ella un ejercicio escolástico.

En quinto lugar, se ha impuesto el prejuicio de que hay "la" fenomenología, cuyos intérpretes máximos o sumos sacerdotes son Husserl, Scheler y Heidegger, en ese orden, y que ellos conducen directamente al "existencialismo". Esto no resiste el más simple o elemental análisis histórico.

En sexto lugar, se ha visto en ella una prolongación –de raigambre inocultablemente metafísica– del cartesianismo. Más que una escolástica, de la fenomenología se extrae una teología, artera, como todas.

En séptimo y último lugar, se

ha leído a Husserl como epítome del intelectualismo, del racionalismo y del antivitalismo. Y esto es también resultado de una lectura apresurada, interesada, ignorante o sesgada del filósofo fundador.

A la vista de estos rasgos característicos, convengamos rápidamente en lo siguiente: *no hay* una fenomenología, y esto significa, en un nivel superior, *no hay* filosofía "mexicana". Lo que hay es un esfuerzo, patético, a veces cínico, por fortuna trágico, por poner a la filosofía al servicio de una presunta "esencia" de lo mexicano (o, por extensión, de lo latinoamericano o de lo hispánico). Pero esta propensión a encontrar "esencias" tiene que ver con una historia, con una historia particularmente brutal de desencuentros y pérdidas de lo propio, si es que en algún momento de su existencia, los pueblos hallan algo de lo cual apropiarse.

La fenomenología "prende" en cierto momento de la historia de este país, para enseguida entrar en un *impasse* y experimentar de pronto, aunque de manera desigual, un nuevo impulso. Ha tenido que lidiar con modalidades bastante agresivas del pensamiento, como el positivismo, el marxismo, el espiritualismo y, más recientemente, el estructuralismo

y el llamado "post" estructuralismo, que en realidad comienza a coquetear abiertamente con la fenomenología en sus corrientes más hermeneutizantes, si la palabra no me es censurada; ha tenido que lidiar, más allá de estas versiones rivales del saber y la sabiduría, con la pura necesidad, la ignorancia y, hay que decirlo, la política, para no desmerecer demasiado de sí misma.

Tal vez sea lo único que en este libro mesurado y respetuoso y, ello no obstante, saludable-

mente implacable, echaríamos de menos: una historia *controversial* de la fenomenología, un relato aún más vivo de los debates y enfrentamientos filosóficos y científicos en los que, aquí como allá, y en un plano no solamente anecdótico, se ha visto involucrada. Por que sin ella y sin sus combates, sin la nobleza de sus naufragios y rescates, simplemente no se comprendería en absoluto esa maravilla catastrófica que ha sido el siglo veinte y que seguramente continuará siendo este presente.



